

FRANCISCO JAVIER GUERRERO

La distinguida colega Marta Lamas escribe en el No. 1483 de la revista Proceso lo siguiente: «Los conflictos etnoculturales son hoy la principal causa de desestabilización y violencia política en el mundo (subrayado mío, FJG)». Doña Marta hacía esta aseveración en noviembre de 2004, cuando se estaba cometiendo un genocidio en la ciudad iraquí de Fallujah, brutalmente agredida y bombardeada por las fuerzas invasoras anglo norteamericanas.

A la antropóloga Lamas le alarmó, y con razón, que el cineasta holandés Theo Van Gogh haya sido asesinado por un fanático islámico en la ciudad de Amsterdam. Van Gogh, sobrino bisnieto del gran pintor Vincent Van Gogh, había dirigido un film de corte documental en donde mostraba la violencia contra las mujeres en algunos grupos musulmanes (Marta escribe: “en la cultura musulmana”, lo que dista de ser cierto, ya que si bien en el propio Corán existen bases que legitiman la opresión femenina, es forzado sostener que en todas las sociedades musulmanas existe una “brutal violencia” contra las feminas, aunque ciertamente en casi todas ellas el “machismo” no es nada tibio).

Alegar que los conflictos etnoculturales son la causa principal de la violencia política en el mundo, es avalar en buena medida las tesis de los “globalizadores” neoliberales. En un arranque de sinceridad, Henry Kissinger declaró que la “globalización” es un término que se utiliza para señalar la dominación norteamericana del

mundo. Y esta dominación no es sólo económica y política; implica también la hegemonía cultural, una hegemonía exclusivista y excluyente, que rechaza la diversidad cultural. Hoy, en el planeta existen múltiples movimientos de reivindicaciones étnicas y nacionalista, que rechazan la tentativa de imponer un solo conjunto de patrones culturales. Es cierto que entre esos movimientos se hallan grupos de integristas y fanáticos, como los que asesinaron a Van Gogh. Pero, en su mayoría, los grupos que, como los indígenas de México y América Latina, luchan por el derecho a desarrollar sus propias culturas, proclaman y combaten por demandas que son completamente legítimas. De la misma manera, muchos mexicanos luchamos por la preservación de nuestro patrimonio cultural y por evitar la “Wal-Martización” del país.

La principal causa de la violencia política no son los conflictos etnoculturales, sino los prohijados y propiciados por los agentes de la globalización monocultural, que en muchas ocasiones aprovechan a los primeros para asentar su dominación mundial, como sucedió en Yugoslavia (o pueden no aprovecharlos, dependiendo de sus muy concretos intereses, como sucedió cuando el Estado norteamericano abandonó a los kurdos frente al dictador Hussein un poco después de la primera Guerra del Golfo). Es claro que las banderas étnicas pueden ser utilizadas por grupos reaccionarios, terroristas y otros de índole siniestra, pero de lo que se trata es de integrar las legítimas demandas étnicas y nacionalista en movimientos populares y progresistas.

Marta Lamas se pronuncia por un pluralismo cultural en contra de la existencia de mosaicos multiculturales con grupos incomunicados entre sí y resistentes a abrirse a la diversidad humana. Estoy de acuerdo con ella cuando apunta que “Lo que es necesario es un largo proceso de diálogo intercambios recíprocos y de respeto a un conjunto de derechos humanos”. ■